

en el caso de llevarlo siempre. El mismo causó esta prediccion al más bien pronto reflexionaron bien Cazot era de aquellos hombres que sueñan despiertos, y continuó la risa de lo lindo.

—Señor Cazot, dijeron, el cuento que acabáis de anunciarnos nada tiene de agradable, en nada se parece á vuestro *Diablo amoroso*. ¿Qué demonio os ha metido en la cabeza ese calabozo, ese veneno, ese verdugo? ¿Qué relacion tiene todo eso con la filosofia y con el reinado de la Razon?

—Precisamente es en nombre de la filosofia, de la humanidad, de la libertad, es bajo el imperio de la Razon que acabareis vuestros dias del modo que os anuncié. Únicamente será entónces el reinado de la Razon, porque á ella se le consagraron los templos, y en esa época no habra más templos que los suyos.

—A la mia, dijo Chamfort, con risa irónica, no sereis vos uno de los sacerdotes de esos templos.

—Espero que no; pero vos, señor Chamfort, que sereis uno de ellos y muy digno de serlo, vos os abrireis las venas con veintidós cuchilladas, y sin embargo no conseguireis morir sino pasados algunos meses.

Miráronse los concurrentes y riéronse á carcajadas.

—Vos, señor Vicq d'Azy, continuó Cazot, no os abrireis las venas, pero despues de acudir para ello diez veces en un dia á los baños extraños, morireis por la noche víctima de un violento acceso de gota.

—Señor de Nicolai, morireis en el cadalso, señor Bailly, tambien en el cadalso, exclamó Rouher.

—¿Qué os parece que M. Cazot quiere mal á los señores? ha hecho en ellos una carnicería y yo, gracias al cielo...

—Vos, señor Rouher, morireis tambien en el cadalso, replicó Cazot.

—Oh! este es un asesino! gritaron todos, que ha jurado exterminarnos.

—No, no soy quien lo ha jurado.

—Sereis entónces sojuzgados por los turcos, por los tártaros ó por...

—Nada de eso, dijo Cazot, ya os lo he dicho: sereis gobernados por la Razon: los que os tratarán así, serán todos los filósofos, serán los mismos que tendrán en sus labios las frases que repetís hace años; recordarán todas vuestras injurias y citarán como vosotros los versos

de Diderot y de la Doncella de Orleans. —Este se ha vuelto loco, murmuraban al oído... está burlándose, decían otros, y ya sabemos que siempre es maravilloso en sus burlas.

—Pero su maravilloso, replicó Chamfort, nada tiene ahora de agradable; es demasiado patibulario.

—Y cuando sucederá lo que anunciáis, M. Cazot?

—No se pasarán seis años sin que se haya verificado todo cuanto os he dicho.

—Entre tantos milagros, dije yo; no me hacéis intervenir á mi.

—Se efectuará un milagro en vos, señor L'Harpe, dijo Cazot, y por un milagro más ó menos extraordinario, os haréis cristiano.

Grandes exclamaciones en los concurrentes.

—Ah! replicó Chamfort, ya caigo; si no hemos de perecer sino cuando L'Harpe se haga cristiano, seremos inmortales.

—Además, dijo entónces Madama de Grammont: somos muy felices, pues la revolucion no se meterá con las mujeres; cuando digo esto, no quiero decir que no tomaremos en ella alguna parte, pero no en el sexo...

—Vuestro sexo, señora, no os librará en esta ocasion; aun cuando en nada os mezclareis, sereis tratadas sin diferencia alguna como los hombres.

—¿Qué estais diciendo M. Cazot. ¿Es acaso el fin del mundo el que pronosticáis?

—Nada de eso: lo único que sé es, señora Duquesa, que vos sereis conducida al cadalso, y otras muchas igualmente con vos, en el carro del verdugo y con las manos atadas á la espalda.

—Ah! espero para entónces que á lo ménos me permitirán ir en un coche enlutado.

—No; señoras de posicion más elevada que la vuestra irán en carro y maniatadas como vos.

—Señoras más grandes! serán acaso Princesas reales?

—Mas grandes aún.

Al llegar á este punto una grande emocion agitó á toda la concurrencia: palideció el semblante del dueño de la casa, y se creyó que la burla era demasiado pesada. Madama de Grammont para disimular su disgusto, se contentó con decir ardonamente:

—Me concederán á lo ménos un con-

—No, señora, no lo tendreis ni vos ni nadie, la única victima que alcanzará esta gracia será...

Aquí se detuvo nuevamente un instante.

—Bien: ¿cuál será el mortal afortunado que obtendrá ese privilegio?

—El único será el Rey de Francia.

El dueño de la casa se levantó entónces aceleradamente y con él todos los convidados; dirigióse á Cazot y en tono severo le dijo:

—Querido Cazot, habeis prolongado demasiado vuestra fatidica burla, la llevais muy adelante y podeis con ella comprometer la tranquilidad de la sociedad en que os hallais.

—Nada, respondió Cazot, disponiéndose á retirarse; cuando Madama de Grammont queriendo disipar el efecto desagradable de la conversacion y restituir á la concurrencia su primitiva alegría, interpelló á Cazot:

—Señor Profeta, hasta aquí habeis predicho nuestra buena ventura, y nada nos revelaréis de la vuestra?

Cazot permaneció algunos instantes silencioso y con los ojos bajos, y dijo luego: ¿Habeis leído, señora, *El sitio de Jerusalem de Josefo*.

—Sin duda, y quién no lo ha leído? pero haced de cuenta que no lo conozco.

—Pues bien, señora, durante aquel sitio un hombre recorrió por siete dias el campamento de los sitiados y sitiadores, clamando sin cesar: "Ay de Jerusalem! ay de mi!" y el sétimo dia, al acabar de pronunciar su sentida lamentacion, una enorme piedra lanzada por las máquinas de los enemigos le dividió en pedazos.

Dijo esto Cazot, y haciendo una profunda cortesía á la sociedad, alejóse de ella.

RETRATO DE LOS JESUITAS.

El hijo de Loyola.
PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

I.

¿Qué se propusieron y se proponen los Jesuitas? Hablando en términos los más claros posibles, los Jesuitas se proponen lo mismo, mismísimo que la Iglesia católica. Son soldados del Papa, Cruzados de la

verdad, propagandistas de la fe y Apóstoles de Jesucristo. Pelean siempre al lado de la Iglesia; y mientras unos se quedan en Europa para combatir el protestantismo, otros se van al Asia, Africa y América para combatir la barbarie ó idolatría. Para el Jesuita no hay fronteras; para él no hay más que un pueblo, que se llama el género humano; una morada, que es el universo, y una Patria, que se dice el cielo.

¿En qué siglo aparecen los Jesuitas? Aparecen en el siglo más grande de la época moderna: en el siglo de Leon X, de Carlos V, de Henrique VIII, de Francisco II y de Soliman el Magnífico; en el siglo de Gonzalo de Córdoba y de Hernan Cortés, de Pizarro, de Almagro y de Cristóbal Colon; siglo en el cual cantan Sackespeare y Camoens, y escriben Cervantes y Lope de Vega, y disputan Lainez y Melancton y dan vida en el marino! y en el lienzo á virgenes y mártires, á héroes y á batallas Miguel Angel, Rafael, Caravaggio y Correggio. Es un siglo aquel en el cual se aspira la atmósfera del genio, célebre por los grandes hombres en todos los ramos del conocimiento humano; siglo de luchas materiales y morales, y en el cual se disputa el imperio del mundo politico entre Francisco II y Carlos V, y el del mundo religioso entre católicos y protestantes.

En ninguna época como en aquella ha necesitado la Iglesia soldados más firmes y más aguerridos; en ninguna época como en aquella han sido más necesarios los Jesuitas.

Hay en el corazon humano una pasion que le domina y avasalla completamente; pasion ante la cual las demás son tan pequeñas, que desaparecen; pasion que lleva ya un nombre satánico: se llama soberbia. Se concibe que un lujurioso crea, que un avaro tenga fe, y que un goloso y jugador sean cristianos; pero no se concibe que un hombre que se dice superior á todos los demás hombres, y hasta á Dios mismo, pueda ser católico y siervo fiel de Nuestro Señor Jesucristo. La soberbia es la única pasion que arranca la fe de nuestro corazon: quiere reinar en nuestro corazon con exclusion de todo otro elemento, aunque sea el religioso y aun que sea el de la conveniencia. La pasion mas intolerante es la soberbia; y en el siglo XVI ningun hombre fué tan intolerante como Lutero, pero tampoco hubo hombre que fuera tan soberbio como él. En el siglo XVI tuvo esa funestissima pasion sus apologistas: el sacrilego esposo de Catalina de Bora la elevó á

La Caridad. Año 8. Bogotá. 7 de Enero de 1875.

Número 28.